

La Argentina de Gombrowicz

El escritor polaco Witold Gombrowicz (1904-1969) vivió más de veinte años en la Argentina, es decir, la mayor parte de su existencia literaria. Llegó a Buenos Aires el 21 de agosto de 1939, en un viaje por mar que tenía carácter promocional para la empresa naviera que lo organizó, la del barco *Chorby*. Días más tarde, los nazis ocupaban Polonia y empezaba la guerra mundial. Gombrowicz iniciaba un exilio de por vida, que lo llevaría, en 1963, a Berlín Occidental, prólogo de su retorno a Europa.

Gombrowicz se ganó la vida en Argentina con ocupaciones varias: dio clases particulares, escribió en el periodismo, se empleó en el Banco Polaco. Del país adoptivo escribió en sus *Peregrinaciones argentinas*, conjunto de charlas radiofónicas transmitidas por Radio Europa Libre en 1960, en sus diarios, en su novela *Trasatlántico* (1950). Gran parte de sus diarios fue dada a conocer en la revista *Kultura*, que los polacos emigrados editaban en París. Otra, debió aguardar las ediciones integrales póstumas de 1984 (París) y 1986 (Cracovia). Consta de tres volúmenes, de los cuales el primero ha sido publicado por Alianza Editorial, en su versión castellana, debida a Bozena Zablocka y Francesc Miravittles (Madrid, 1988), los mismos traductores y editorial de sus citadas conferencias, ya ofrecidas en 1987.

Es curiosa la relación de este escritor polaco con un país en que recaló por poco tiempo para quedarse durante décadas, cuyo idioma desconocía y hubo de aprender compulsivamente, sin pertenecer jamás a su literatura, en tanto la patria de origen se diluía en los engaños de la memoria y se cerraba al retorno, convirtiéndose en la dulce pesadilla del exiliado.

Curiosa y, a la vez, estrictamente lógica, la vinculación de Gombrowicz y la Argentina es la de un hombre con su espejo mudo, un país que se le parece tanto como se le opone, pero en términos similares a la Polonia de sus recuerdos, que es, igualmente, por la distancia y el aislamiento impuesto por las circunstancias políticas, una suerte de cuerpo sin lenguaje, anclado densamente en el paisaje de su memoria.

Polonia es «un villorrio europeo situado en el centro del continente» y Argentina, una nación «perdida en la periferia, ahogada entre océanos, un país internacineal, marinerero, intercontinental». Simétricos y anhelosos, los dos están igualmente lejos de París. De hecho, en los primeros tiempos, Gombrowicz se habla con los argentinos que frecuenta, en francés, como en esas novelas centroeuropeas en que la nobleza local usa este idioma como código de reconocimiento.

Su visión de la Argentina está muy condicionada por el lugar de la sociedad en que se sitúa, su identidad en la mirada de los argentinos que trata, y su carácter de viajero inmóvil, hombre de paso que echa raíces y las arranca con la misma y desdramatizada elegancia de europeo «cansado de la vida».

Gombrowicz era miembro de una familia de terratenientes que guardaba cierta memoria nobiliaria. Su hermano cuenta que, de pequeño, Witold se entretenía leyendo y releendo viejos documentos familiares conservados en un cofre, que explicaban la estirpe de los suyos. Llegado a la Argentina, reducido a la pobreza, arrojado a cuartos de mediocres pensiones, Gombrowicz se vinculó a la *café society* de Buenos Aires, entre la cual abundaba la especie del burgués ilustrado, desdeñoso de la gente sin abolengo de alguna especie. Para ellos, Gombrowicz era un mero polaco, desprovisto de gloria literaria y de ejecutorias aristocráticas interesantes, alguien que hablaba el francés, seguramente, con un duro acento natal. Ser polaco, en la Argentina, como ser italiano o español recién llegado, no tenía ningún prestigio, olía a miseria inmigratoria.

Se produce, entonces, un sentimiento ambivalente de Gombrowicz ante la Argentina: de una parte, una actitud de crítica y rechazo por ciertos ambientes culturales de los que, sin embargo, no puede prescindir. De ellos se burlará sangrientamente en las páginas funambulescas de *Trasatlántico* donde algunos creen reconocer caricaturas en clave de personajes argentinos como Jorge Luis Borges y Arturo Jacinto Álvarez (éste, por cierto, beneficiado por gestos parecidos de novelistas como Manuel Mujica Láinez y Ernesto Sábato).

De otra parte, la Argentina de Gombrowicz es el país mítico de la mocedad, esa raza segura y altiva de los jóvenes bellos, que le permite rejuvenecerse, volver atrás en su vida y cargarse de energías con las que superar su bizantina fatiga polaca.

El exilio desdobra a Gombrowicz en un par de patrias imaginarias: el mito del cuerpo joven (Argentina) y el mito de la palabra inmarcesible (Polonia), palabra que pierde su actualidad a contar desde la distancia y que se refugia en la evocación culterana del barroco polaco llamado «sarmata», una suerte de nacionalismo recalcitrante, que define a Polonia como espacio cerrado a las seducciones de la modernidad europea. Algo así como la Argentina de los nacionalistas argentinos.

La síntesis de ambas vertientes míticas es *Trasatlántico*, visión caricatural de ciertos aspectos de la vida argentina (la riqueza comercial de la calle Florida, los bailes populares, la estancia de la oligarquía ganadera, el preciosismo de los salones eruditos, etc) y de la vida polaca en la emigración (la hipertrofia ceremonial y falsamente caballeresca de su diplomacia) contada en clave neobarroca de *gaweda*, relato popular del siglo XIX.

Hay, de otra parte, una especie de sociología impresionista o psicología social de los argentinos, que Gombrowicz practica en la tradición de los visitantes atentos o profesionales, que conocieron la Argentina de la *belle époque* (Huret, Clemenceau, Blasco Ibáñez, Enrico Ferri, Adolfo Posada, etc) así como los filósofos viajeros que pontificaron sobre el ser nacional argentino (Ortega y Gasset, Keyserling, Waldo Frank, luego imitados o cuestionados por sus epígonos locales, Mallea y Murena entre tantos). En el centro, dos obras, la una silenciada por Gombrowicz (Ezequiel Martínez Estrada), la otra recordada en la amistad de Bernardo Canal Feijoo.

Gombrowicz ve a los argentinos discretos, correctos, contenidos, armoniosos y mediocres. Tienden a parecerse, a no destacar, a hacer de esta homogeneidad gregaria un rasgo de ética social. Él lo advierte con especial interés, porque viene de Polonia, un país de desequilibrados genialoides, acaso tan mediocres como los argentinos, pero ansiosos por sobresalir y destacar.

La Argentina parece un país militarizado, a juzgar por su uniformidad exterior. Toda manifestación de interioridad es reprimida por considerársela impúdica, vergonzante. Para ocultar su vergüenza, los argentinos actúan como histriones, poniéndose una máscara. En cuanto a la militarización, hay factores objetivos que la autorizan: la Argentina de Gombrowicz pasa por los golpes de Estado de 1943, 1955 y 1962, así como por el gobierno de Perón, finalmente un militar él también.

Esta gente silenciosa y avergonzada, hermosa pero sin interés personal, opaca, carente de inspiración, conforma un país aburrido. Huyendo de lo imprevisto, lo maravilloso y lo insólito, el argentino es superficialmente dulce y hondamente severo. Está como preparado para una escena que la historia no montará jamás: la escena en la que, con desdén y prepotencia imperial, la Argentina se convierta en los Estados Unidos del Sur. Se la aguarda con una suerte de tranquilidad providencial, porque «los argentinos nacieron en domingo, están cansados de no haber hecho nada, el mundo se les dará por añadidura». De allí su entusiasmo por el fútbol y su preocupación por la siesta, como si todos los días fueran festivos y relajados, un permanente domingo.

Una aguda observación de Gombrowicz lo lleva a comparar la inscripciones de los urinarios argentinos (que revelan una «inocencia de niños perversos») y polacos (más brutales pero menos libertinos). Igualmente se diferencian estos pueblos por sus códigos culinarios: la cocina polaca es, como toda la de Centroeuropa, aristocrática, o sea fuertemente diferenciada según la clase; en cambio, la argentina, como casi todo en esta sociedad, es intuitivamente democrática: ricos y pobres comen los mismos asados, las mismas empanadas, los mismos embutidos.

«América en general es el continente de la mediocridad, hecho a la medida humana y no sobrehumana; aquí no hay nada heroico, nada magnífico, nada extraordinario.» Tal vez, en el caso argentino, estas peculiaridades (o mejor: esta falta de ellas) tenga una motivación telúrica. El argentino es monótono y melancólico como la pampa que cerca sus ciudades. Huyendo de ella, se refugia en las poblaciones, acentuando exageradamente sus rasgos urbanos. Esto lo lleva a creerse falsamente europeo. Pero, apenas se concurre a una fiesta de argentinos (el carnaval, notoriamente) se advierte que nadie supera el momento de colocarse la máscara. Una vez disfrazados, no participan de ella, se quedan fuera. Es un desfile sin diversión, exageración ni locura. Algo así como llegar a las fronteras de lo carnavalesco y cuidarse de no traspasarlas.

Los argentinos son gente psíquicamente muy complicada, difícil, incluso misteriosa, capaz de hacer cosas muy raras e inesperadas, sutil, a menudo refinada, llena de complejos, enriquecida por un insólito cruce de razas y culturas. La torpeza de su literatura aumenta, en mi opinión, su misterio y su inaccesibilidad.

¿Por qué los argentinos resultan inaccesibles, a ciertos niveles de hondura, ante el observador exterior? Gombrowicz sugiere una respuesta: porque tampoco ellos mismos acceden más allá de ciertos límites. Esto se advierte en la obsesiva pregunta por la identidad que formulan sus escritores: ¿Quiénes somos, cuál es nuestra realidad? La esencia de una nacionalidad no se obtiene tras laboriosos análisis, es una decisión práctica, algo que surge de la acción.